

## Corazón y verdad

Escribo: más que cantar cuento cosas.  
Destino: la Humanidad.  
Ingredientes: Mucha pena  
mucho rabia  
algo de sal.  
Forma: ya nace con ella.  
Fondo: que consiga emocionar.  
Música: la que el verso toca  
—según lo que va a bailar—  
Técnica: ¡Qué aburrimiento!.)  
Color: calor natural.  
Hay que echarle corazón,  
la verdad de la verdad,  
la magia de la mentira  
—no es necesario inventar—.  
Y así contar lo que pasa  
— ¡nunca sílabas contar!—  
Y nace solo el poema...  
Y luego la habilidad  
de poner aquello en claro  
si nace sin claridad.

Gloria Fuertes. *Obras Incompletas*,  
(2006; 141.)

Mientras escribo estas líneas, la ciudad de Madrid celebra con orgullo la fiesta del arcoíris y la afirmación de las libertades individuales y colectivas. Miles de personas

se congregan en sus calles para celebrar el derecho a la expresión de los afectos y la libertad de habitarlos. No puedo olvidar cuántas y cuántos han padecido de silencios, cadenas y cerrojos durante siglos –aún hoy, en demasiados países del mundo– por considerar el género una categoría inamovible, una frontera pétrea e infranqueable.

Es ese género –no el literario, o el dramático, o el chico, sino la construcción socio-cultural que establece atribuciones precisas y diferentes para distinguir la masculinidad de la feminidad– el que nos sirve como recurso preciso para distinguir los géneros dramáticos. Cuando el género es una categoría que se convierte en acción transgresora por parte de los personajes protagonistas estamos en la esfera de la comedia. Cuando el género es una ley inmutable estamos en la esfera de lo trágico.

Empleemos por tanto este recurso, el género, como construcción sociocultural, para presentar las dos comedias y las tres tragedias que se incluyen en este volumen: las obras de Ismael Carreño, Ismael G. Candal, Eva Mir, Celia Morán y Javier Pellicer Gesto. Ellos se han batido con el corazón y la verdad para encontrar un lenguaje, un camino, una voz propia. Ellos se han hecho preguntas sobre el amor, la libertad, el deber y el poder, para escribir, escuchando sus necesidades expresivas, y confrontándose con los rasgos definitorios de los géneros dramáticos. Ellos han invocado al silencio, a la palabra, al conflicto dramático, para contar lo que debían cantar.

En la comedia de Celia Morán, *El ombligo de la reina*, la autora nos ubica ante el entorno de una Castilla la Mancha que poetiza:

Casa-cueva escavada en el corazón ibérico del monte. Sobre ella, siembra, polvo y sierra. A su alrededor siembra, polvo y sierra. Detrás se abre una vereda estrecha entre siembra, polvo y sierra. Siguiendo la vereda aparece el pueblo.

En ese mundo ahistórico de tradiciones y silencios, la ritualidad se sostiene aún. Por ello es un perfecto lugar para que el azar permita un encuentro inesperado: el de una muñeca de singular perfección con una familia ibérica plena de secretos. Una autómatas que simula tanto a una chica, que lo parece, llegada en plena celebración del Ombligo de la Reina, cuando las mozas de la localidad celebran sus quince años...

Celia Morán sabe crear el mundo de unos personajes tan singulares y a la vez reconocibles como Tila, Azalea, Brezo, Madreselva y Comino –este último, amigo imaginario– para componer una comedia libertaria y surrealista, en las que se recogen los ecos de otro manchego esencial, Francisco Nieva y de una fábula –*Coppelia*– que aún tiene mucho que decirnos.

La comedia de Ismael Carreño, *¿Quién te quiere a ti, Ojos tristes?* apuesta por un entorno urbano y contemporáneo en el que el mundo del empleo está más ligado al infierno conocido que al paraíso anhelado. Pero no, esta no es una comedia de la precariedad; no al menos, de la precariedad laboral. *¿Quién te quiere a ti, Ojos tristes?* es la historia de Roberto y de sus peripecias en un universo constituido por mujeres de tres generaciones distintas, –Valeria, Cristina, M<sup>a</sup> José y Modesta– cuyos deseos, diversos, múltiples y en conflicto entre sí, resultan difíciles de conciliar. Roberto acepta una petición de una exnovia que le ruega un fingimiento que hará feliz a su abuela, enferma ya y en el final de sus días. Y él no puede o no se sabe negar.

Aquí todo gira en torno a un amor que es el detonador de convivencia, rutina, expectativas de ascensos laborales, sueños, huidas, tristezas, mentiras, medias verdades, caos... Como las predicciones zodiacales que realiza Roberto en un periódico, con más resignación que convicción, nada será lo que parece y el amor tendrá que desprenderse de máscaras inesperadas. “Expresa lo que quieres, demuéstralo y no te escondas detrás de chistes y frases sin sentido”, aconseja Valeria a Roberto.

Si en la comedia, como vemos, el género no es una frontera insoportable para que los protagonistas logren sus deseos, en el mundo de la tragedia, el género hiere a los personajes y afecta a su destino. Así acontece en las obras de Eva Mir, Ismael G. Candal y Javier Pellicer Gesto.

*Incienso*, de Eva Mir, es una tragedia que se abriga bajo la sombra de los grandes árboles, como Tur, símbolo de fe, protección, agua y vida. La naturaleza, primer reloj astral, primera organización del tiempo a través de la cosecha, define y delimita el mundo de esta obra. Porque en la tragedia, la naturaleza es aún una fuerza indómita, que no sabe del control ni de la dominación humana.

Eva Mir crea un universo acalorado y tórrido, que asociamos a la versión cinematográfica de *Edipo Rey*, de Pier Paolo Pasolini. El calor ha derretido el mundo y más que nunca, el resguardo de los grandes árboles de incienso adquiere rango de divinidad. Sin ellos, sin Tur y sin el agua que brinda, la Humanidad está perdida. Y un cementerio de árboles pardos bajo la luz de la luna asiste ya a la tragedia.

Sara, la joven protagonista de *Incienso*, lucha por habitar la vida. Todos los símbolos de la fertilidad, de la maternidad trágica –y las consiguientes analogías a *Yerma*, de García Lorca– son aquí prolijos. Pero Sara, como bien señala a Aquila, no necesita custodias. En sus manos hay un hielo que la está abrasando: “¿Quién teme a la nada cuando ha perdido todo? Quiero un todo hecho de nada si así puedo decidir mis pasos”, dirá Sara.

En *Apóstata*, de Ismael G. Candal, la naturaleza se muestra como celebración y rito nocturno, como expresión lúdica ante el solsticio. Todo arranca en una playa de aldea:

Ambiente festivo alrededor de una gran hoguera en brasas. Es de noche. Tres músicos enmascarados tocan y bailan desordenadamente. Un hermano, con máscara, guía a su hermana, sin máscara, en el baile.

La alegría, lo sabemos, es en tragedia apenas un instante efímero que se disipa. Y así acontece en este mundo, en el que pronto el género es concebido como sinrazón para la desigualdad, la opresión y el deber. Morrigan, la joven protagonista, pronto desacata la norma de su *polis*, de su hermano, del ritual que la rodea. Morrigan, la joven que recuerda aún las cenizas de su madre, viene a transgredir el orden dominante.

La contestación de las mujeres al orden pronto implica exclusión, castigo, penalización. La palabra 'bruja' está cargada con todas las demonizaciones a las mujeres insumisas. Morrigan pertenece a esa genealogía trágica de mujeres que confrontan el mundo que las rodea, enfrentándose solas a otras mujeres, como las lavanderas, que lo han acabado acatando. Por eso su voz está habitada de eticidad.

En *Abyad*, de Javier Pellicer Gesto, la naturaleza vuelve a ser el escenario y el conflicto. Con estas palabras su autor presenta el mundo y el personaje protagonista de su obra:

Abyad camina por el bosque con un hatillo a la espalda. Entre los blancos troncos de los abedules, el cielo se deja ver tímidamente, vestido de un color encarnado. La chica camina perdida o fugitiva. Una ola de aire se cuele entre los árboles provocando un silbido hueco.

*Abyad* está inspirada en la tragedia contemporánea de los refugios inasibles, de las huidas, de los sin tierra y sin techo: la tragedia de nuestro tiempo. Para ello su autor encuentra cobijo en imágenes simbólicas y ancestrales, en personajes tan sugerentes como El hombre llamado Cervo o el Coro de muertos. Porque en la coralidad, en la comprensión colectiva de la ciudad, habita el corazón mismo de la tragedia.

*Abyad* es una tragedia que explora el mundo profético de los sueños; que recoge esa tradición –que recalca desde *La Orestiada* hasta *El caballero de Olmedo*– en la que

la pesadilla de los personajes trágicos nunca es aleatoria. Aquí sueño, verdad y memoria se entrelazan en el viaje y revelación de Abyad.

Las obras de Celia, Ismael, Eva, Javier e Ismael buscan ahora su viaje a los lectores y a los escenarios. En sus páginas encontramos libertades heridas, maternidades truncadas, memorias recobradas, nuevas feminidades y viejas masculinidades, que se aferran al poder o se transforman en busca de nuevos paisajes amorosos. Son estas, páginas escritas con la verdad y el corazón que Gloria Fuertes recomendaba para la escritura del buen poema. Ahora son de quienes habiten sus imaginaciones.

ITZIAR PASCUAL  
*Madrid, junio de 2017*